

hubiera interesado á todos en el más alto grado el problema físico y moral de su existencia; pero nada era más difícil. Aunque poco trabajo costaba saber si Goriot había realmente sido fabricante de fideos y á cuánto ascendía su fortuna, los viejos, cuya curiosidad fué excitada por aquel asunto, vivían en la casa como las ostras adheridas á su peñasco, y los jóvenes, absorbidos por la vida parisiense, olvidaban, luego que volvían la esquina de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, al pobre anciano objeto de sus burlas. Todos, viejos de limitado espíritu y jóvenes descuidados, convenían, sin emhargo, en una cosa, á saber: que viviendo el tío Goriot tan miserablemente y siendo de tan estúpida apariencia, en manera alguna podía ser inteligente ni rico. En cuanto á las mujeres á quienes llamaba sus hijas, cada uno adoptaba la opinión de la señora de Vauquer, la cual decía, con la lógica severa que la costumbre de suponerlo todo da á las mujeres de edad ocupadas en charlar veladas enteras: « Si el tío Goriot tuviera hijas tan ricas, como, según todas las apariencias, lo son las señoras que han venido á verle, no viviría en mi casa, y menos en el tercer piso, pagando cuarenta y cinco francos de pupilaje al mes y vistiendo como un pobre. » Nada podía desmentir estas inducciones. Así es que hacia el final de noviembre de 1819, época en que estalló este drama, cada uno, en la casa de huéspedes, tenía opiniones decididas acerca del pobre anciano. Jamás había tenido mujer, ni hija, ni nada, y el abuso de los placeres le había convertido en un caracol, en una especie de molusco antropomorfo *de la familia de los Gorri-*

FEROS, según decía un empleado del Museo, perteneciente á la tertulia y también digno de nota.

Comparado con Goriot, Poiret, según aquellos críticos, resultaba un águila real y todo un caballero, porque hablaba, discurría y contestaba. Verdad es que hablando, discurriendo y contestando se las gobernaba de modo que no decía nada, porque tenía la costumbre de repetir en diferentes términos lo que decían los demás; pero contribuía á la conversación, vivía y parecía sensible, mientras que Goriot estaba siempre en el cero de Reaumur, según decía el tal empleado del Museo.

Hallábase ahora Eugenio de Rastignac en una disposición de espíritu que seguramente han experimentado los jóvenes superiores, ó aquellos á quienes una posición difícil comunica momentáneamente las cualidades de los hombres de primera fila. Como, durante el primer año, los estudios de su facultad le ocupaban poco tiempo, había tenido el suficiente para saborear las delicias visibles del París material. Apenas le queda un momento libre al estudiante que quiere conocer el repertorio de los teatros, estudiar las revueltas del laberinto parisién, saber las costumbres, aprender el lenguaje y habituarse á los placeres particulares de la capital, explorar los sitios malos y los buenos, asistir á las clases que le agradan y entretenerse en los museos. Apasionase entonces el estudiante por nimiedades que le resultan grandezas; tiene su grande hombre, un profesor del colegio de Francia, al que satisface el Estado un sueldo para que se mantenga á la altura de los oyentes que acuden á sus explica-

ciones. Esmérase en ponerse la corbata según indican los últimos figurines de la moda, y se exhibe ante las mujeres de las primeras galerías del teatro de la Opera Cómica. En estas sucesivas iniciaciones se despoja de la corteza provincial, ensancha los horizontes de su vida y llega á comprender la superposición de capas humanas que componen la sociedad. Empieza por admirar los carruajes que desfilan por los Campos Eliseos, y pronto acaba por desearlos.

Imperceptiblemente había Eugenio ido pasando por ese aprendizaje, cuando, después de haber conseguido el grado de bachiller en letras y en derecho, se fué de vacaciones con su familia. Sus ilusiones de niño y sus ideas rurales habían muerto, y su inteligencia ya modificada y su ambición exaltada le permitieron ver claro en el hogar paterno y en el seno de la familia. Su padre, su madre, sus hermanos, sus dos hermanas y una tía cuya fortuna consistía en varias pensiones, vivían de la pequeña propiedad de Rastignac. Aquella finca, que proporcionaba una renta anual de tres mil francos, estaba sometida á la incertidumbre que rige el producto puramente industrial de la viña, y sin embargo era preciso entresacar los mil doscientos francos anuales que importaban los gastos del estudiante. Aquel aspecto de constante penuria, aunque ésta procuraban generosamente ocultársela, la comparación que por fuerza hubo de hacer entre sus hermanas que antes le parecían tan hermosas y las mujeres de París que habían realizado á sus ojos el tipo de una belleza soñada; el porvenir incierto de aquella numerosa familia que en él confiaba; el parsimonioso

cuidado con que vió economizar los más insignificantes productos, la bebida para la familia hecha con las heces del lagar; en una palabra, cantidad de circunstancias inútiles de consignar aquí exacerbaron su deseo de llegar á un alto puesto y le dieron sed de distinciones y de honores.

Sólo á su mérito quiso deber lo que llegara á ser; en esto pensaba como piensan las grandes almas; pero tenía un temperamento tan eminentemente meridional que en la ejecución de sus planes asaltaronle dudas comparables á las de un marino inexperto perdido en alta mar y no sabiendo hacia qué parte del horizonte encaminar su frágil embarcación. A veces intentaba consagrarse en cuerpo y alma al trabajo; pero seducido bien pronto por la necesidad de crearse relaciones, y comprendiendo la gran influencia que en la vida social tienen las mujeres, decidía repentinamente lanzarse á ella en demanda de protectoras, seguro de que no habían de faltarle á un mancebo ingenioso y ardiente, cuyo ingenio y cuyo ardor estaban realizados por un cuerpo elegante y una suerte de belleza nerviosa, á la que el bello sexo es muy sensible. Asaltaronle estas ideas en medio de los campos, durante los paseos que daba con sus hermanas, las cuales le hallaron muy cambiado, quizá notando en él la ausencia de la comunicativa alegría de los pasados años. La señora de Marcillac, que así se llamaba su tía, había vivido en su tiempo en la corte y conocido á muchas eminencias aristocráticas. El ambicioso joven adivinó de pronto, en varios de los recuerdos que su tía le había confiado, los elementos de muchas conquistas

29688

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

sociales tan importantes por lo menos como sus triunfos de la facultad de derecho, y se hizo informar por ella en los lazos de parentescos que aún podían reanudarse. Después de haber desempolvado un poco las ramas del árbol genealógico de su familia, la anciana señora estimó que de todas las personas que podían serle útiles á su sobrino entre la raza egoísta de los parientes ricos, la vizcondesa de Beauseant sería la menos indiferente. Escribió, pues, la señora de Marcillac á la vizcondesa una carta en estilo antiguo, y entregándosela á Eugenio le dijo que si mediante aquel documento conseguía ser bien recibido, la vizcondesa le abriría las casas de las demás familias con quien la unían lazos de sangre. Días después de su regreso á París, envió Rastignac la carta de su tía á la señora de Beauseant, la cual contestó remitiéndole una invitación para el baile que al día siguiente daba en su palacio.

Con estos últimos apuntes queda presentada la situación general en la casa de huéspedes á fines de noviembre de 1819. Pasados unos días, Eugenio entraba en su cuarto á las dos de la mañana, después de haber asistido al baile de la señora de Beauseant. El animoso mancebo se había prometido, mientras bailaba, entregarse al estudio hasta el amanecer para ganar el tiempo perdido. El espectáculo de los esplendores sociales despertó en él una falsa energía, bajo cuyo influjo creyó que por primera vez pasaría el resto de la noche en vela y estudiando en aquel su barrio, tan silencioso. No había comido en casa; de suerte que los otros pupilos debieron creer que no volvería del baile

hasta el día siguiente al amanecer, como cuando iba á las fiestas del Prado ó á los bailes del Odeón, trayendo de regreso llenas de barro las medias de seda y medio torcidos los zapatos. Antes de correr los cerrojos, abrió Cristóbal la puerta para echar una ojeada de curiosidad por la calle. En aquel momento se presentó Rastignac, y pudo subir á su cuarto sin hacer el menor ruido, seguido de Cristóbal, el cual, en cambio, metía mucho. Se desnudó, púsose las zapatillas y un viejo levitón, encendió un poco de cisco para calentarse, y se preparó vivamente para trabajar, de manera que Cristóbal cubrió aún con el ruido de sus zapatones las idas y venidas poco alborotadoras del joven.

Pensativo quedó por espacio de algunos instantes Eugenio antes de hundirse en sus libros de derecho. Acababa de reconocer en la vizcondesa de Beauseant una de las reinas de la moda parisién, y cuya casa pasaba por ser la más agradable del aristocrático arrabal Saint-Germain. Era de las más encopetadas damas de la aristocracia, tanto por el nacimiento como por la fortuna. No sabía el humilde estudiante la magnitud del favor que debía á su instructora, la señora de Marcillac. Ser admitido en aquellos aristocráticos salones valía tanto como recibir un diploma de grandeza, por lo que, una vez presentado en ellos, quedabanle abiertos todos los demás. Deslumbrado por el espectáculo de aquella fiesta brillantísima, apenas pudo conversar breves momentos con la vizcondesa, pero no por eso dejó de fijarse en las deidades parisienses que le rodeaban. Detuviéronse sus miradas con parti-

cular complacencia en una de esas mujeres á la que debe adorar un joven desde el momento en que la ve. Era alta y elegante, gozaba fama de ser una de las más hermosas de París, y llamábase la condesa Anastasia de Restaud. Imagine el lector unos bellísimos ojos negros, mano admirable, pie bien torneado, movimientos que denotaban un temperamento ardiente, una mujer de quien decía el marqués de Ronquerolles que era un caballo de raza. Aquella finura de nervios no estorbaba en nada á sus atractivos plásticos; tenía formas llenas y redondas, sin que se la pudiera acusar de exagerada gordura. Por entonces comenzaban á desaparecer del vocabulario amoroso ó simplemente galanteador los ángeles del cielo, las figuras osiánicas y toda la mitología amatoria del romanticismo. El dandismo las iba reemplazando con otras del mismo estilo que la del marqués de Ronquerolles.

Mas, para Rastignac, Anastasia de Restaud fué la mujer codiciable. Le había hecho apuntar dos veces en su abanico — el cual por entonces hacía de *carnet*, para emplear, y perdónenoslo el lector, el lenguaje ridículo de los revisteros de salones, — en el que se apuntaban los nombres de los caballeros que venían á pedir á la dama el honor de un rigodón, de una polka ó de un vals. Eugenio y la señora de Restaud hablaron alguna palabra la primera vez que bailaron.

— ¿Dónde volveré á ver á usted? la dijo con esa vehemencia ingenua y brusca que tanto agrada á las mujeres.

— En el Bosque de Bolonia, en los Bufos, en mi casa, en todas partes, contestó ella.

Y el aventurero meridional habíase apresurado á intimar con aquella deliciosa condesa, cuanto es posible que un joven intime con una mujer mientras duran un par de figuras de baile. Su calidad de primo de la de Beauseant le allanó el camino. Anastasia, en quien veía toda una gran señora, le sonrió al despedirse, dejándole convencido de la necesidad de ir á visitarla.

Había tenido la dicha de dar con un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal para los ilustres impertinentes de la época; los Maulincourt, Ronquerolles, Máximo de Trailles, Marsay, Adjuda-Pinto, Vandenesse, que se hallaban en el esplendor de la gloria, y por tanto, en el de la fatuidad, y que vivían en íntima amistad con las mujeres más elegantes como lady Brandon, la duquesa de Langeais, la condesa de Kergarouët, la señora de Sérizy, la duquesa de Carigliano, la condesa de Ferraud, la señora de Lanty, la marquesa de Aiglemont, la señora de Firmiani, las marquesas de Listomère y de Éspard, la duquesa de Maufriigneuse y los de Grandlieu. Afortunadamente, pues, el cándido estudiante dió con el marqués de Montriveau, amante de la duquesa de Langeais, un general sencillo como un niño, el cual le dijo que la condesa de Restaud vivía en la calle de Helder. ¡Ser joven, sentir sed de amar y ver recién abiertas, para darle paso, las puertas de dos salones! ¡Poner el pie en el arrabal Saint-Germain, en casa de la vizcondesa de Beauseant, y la rodilla en la Chaussée d'Antin, en casa de la condesa de Restaud! ¡Recrear la vista en los salones de la aristocracia parisiense, sintiéndose á

la par lo bastante agradable para alimentar la esperanza de encontrar en un corazón de mujer cariño y protección! ¡ Llevar en el alma ambición bastante para caminar derecho á un fin y tener por guía á una hermosa!

Enardecido con semejantes imágenes, y pensando en aquella mujer cuya silueta veía dibujarse sobre el ténue resplandor del mezuquino cisco que ardía en la chimenea, quién no hubiera olvidado el Código y la miseria para dejarse arrastrar por la fantasía, poblando de triunfos y de riquezas el porvenir. Su pensamiento vagabundo daba ya por tan seguras sus dichas futuras que se creía junto á la señora de Restaud, cuando un suspiro ahogado, semejante al lamento de un mártir, surgió del silencio profundísimo de la noche y vino á repercutir en el corazón del joven tan siniestramente como el estertor de un moribundo.

Sin hacer ruido abrió la puerta, salió al pasillo, y vió que había luz en el cuarto del tío Goriot. Temiendo que el viejo se hallara indispuerto, miró por el ojo de la cerradura, y observó que se dedicaba á trabajos por demás sospechosos, tanto que pensó que, tal vez, averiguando su significación, podría prestar un servicio á la sociedad. Goriot, que á lo que parecía había atado á la pata de una mesa un plato y una sopera de plata sobredorada, liaba estas alhajas ricamente cinceladas con una cuerda y las apretaba tan fuertemente, que bien se dejaba ver que trataba de deformarlas para venderlas á peso.

« ¡ Caramba con el hombre ! » se dijo Rastignac viendo los nervudos brazos del buen viejo á cuya pre-

sión cedían y se aplastaban sin ruido, como si fueran de pasta, el plato y la sopera.

Y luego, irguiéndose, pensó:

« ¿ Será un ladrón ó un encubridor que se finge pobre y casi miserable para entregarse descuidadamente á su industria? »

De nuevo aplicó el estudiante su vista á la cerradura. El viejo Goriot, después de haber desliado la plata y levantado la mesa, había extendido sobre ésta la manta de la cama. En seguida había vuelto á estrujar aquélla, haciendo rodar la masa para convertirla en lingote, operación que realizó con maravillosa facilidad.

« Por lo visto tiene tanta fuerza como Augusto, rey de Polonia », pensó Eugenio, viendo la operación casi terminada.

Con tristeza miró su obra el anciano, y lágrimas brotaron de sus ojos, apagó el candil á cuya luz había amasado la plata, y Eugenio le oyó lanzar otro suspiro al acostarse.

« Está loco », pensó el estudiante.

— ¡ Pobre hija! dijo en alta voz papá Goriot.

Llamóle la atención esta palabra á Rastignac y decidió guardar silencio acerca de lo que había visto y á no juzgar temerariamente á su vecino. Iba á volverse á su cuarto, cuando percibió un ruido difícil de definir y que parecía producido por alguien que subía por la escalera con zapatillas.

Escuchó atentamente Eugenio, y por el rumor de la respiración reconoció que subían dos hombres. No oyó los pasos de éstos ni el ruido de ninguna puerta al

abrirse, pero al poco tiempo advirtió una tenue claridad en el cuarto de Vautrin.

« ¡ Pues no son pocos misterios estos para una casa de huéspedes ! » pensó.

Bajó unos cuantos escalones, y púsose á escuchar.

Percibió claramente el ruido que hacen las monedas de oro al contarlas. Momentos después apagóse la luz, y sin que se abriera ninguna puerta, volvióse á sentir en la escalera el rumor de la respiración de los dos hombres, disminuyendo á medida que éstos se alejaban.

— ¿ Quién anda ahí ? gritó en esto la señora de Vauquer, abriendo la ventana de su cuarto.

— Soy yo que vengo de la calle, señora, contestó la voz gruesa de Vautrin.

« ¡ Pero si había Cristóbal atrancado la puerta ! pensó Eugenio volviendo á su cuarto. Preciso es estar alerta, muy alerta en este Paris. »

Desviado por estos ligeros acontecimientos de su meditación ambiciosamente amorosa, volvió á ponerse á trabajar; pero distraíanle ahora las sospechas que le infundiera el tío Goriot, y aun más que éstas la seductora imagen de la condesa de Restaud, que por momentos se le aparecía como mensajera de brillantes destinos, con lo que acabó por acostarse y dormirse profundamente. De cada diez noches que la gente joven se promete consagrar al trabajo, siete pásalas durmiendo. Para velar es preciso tener más de veinte años.

Envuelto en una espesa niebla amaneció Paris al día siguiente; una niebla de esas que de tal manera cambian su habitual color de cielo, que los más pun-

tuales se engañan y llegan tarde á sus citas para negocios. Cree uno que sólo son las ocho de la mañana, y están dando las doce. A las nueve y media continuaba tranquilamente acostada la señora de Vauquer.

Cristóbal y la gordinflona Silvia, que tampoco habían madrugado; tomaban tranquilamente café con la nata de la leche del destinado á los huéspedes. Silvia se encargaba luego de hervirla largo rato para que el ama no diera con el robo.

— Silvia, dijo Cristóbal mojado en el café la primera tostada, el señor Vautrin, que es una buena persona sin género alguno de duda, ha tenido también esta noche dos visitas. Aunque la señora entre en sospechas, es preciso que no le digas una palabra.

— ¿ Te ha dado algo ?

— Me ha dado cinco francos por el mes, como diciéndome : « ¡ Chitón ! »

— Menos él y la señora de Couture, que no son tacaños, los demás quisieran quitarnos con la mano izquierda lo poco que nos dan con la derecha el día de año nuevo, dijo Silvia.

— ¡ Y cuidado que son generosos ! murmuró Cristóbal. ¡ Una mala moneda de cinco francas ! Hace dos años que el tío Goriot se limpia él mismo los zapatos. Ese judío de Poiret ni siquiera se da betún en las botas, y más creo que se lo comería que dárselo. El alfenique del estudiante me ha dado dos francos, con los que no tengo ni para cepillos. ¡ Y además vende la ropa vieja ! ¡ Vaya un chamizo !

— ¡ Bah ! dijo Silvia, saboreando el café á peque-

ños sorbos, peores son las otras casas del barrio. No se vive aquí tan mal. Pero, hablando del señor Vautrin, Cristóbal, ¿te han dicho algo de él?

— Sí. Hace días encontré en la calle á un señor que me dijo : « Diga usted, buen hombre, ¿vive en su casa de usted un señor, así, más bien grueso, y que se tiñe las patillas? » Y yo le contesté : « No, señor, no se las tiñe. Un hombre tan alegre como él no tiene tiempo para tal cosa. » Conque le conté lo ocurrido al señor Vautrin, y me contestó : « Muy bien hecho, muchacho. Responde siempre así. No hay nada tan desagradable como dar á conocer nuestros defectos físicos. Puede uno perder un buen casamiento. »

— Pues mira, también á mí me quisieron tirar de la lengua la otra mañana en la plaza, preguntándome si alguna vez le había visto mudarse de camisa. ¡Qué majadería!... ¡Diablo, exclamó interrumpiéndose, el reloj de Val-de-Grace da las diez menos cuarto y no se mueve un alma en la casa!

— ¡Anda, pues si están todos fuera! La de Couture y su niña han ido á San Esteban, á las ocho, á comulgar. El tío Goriot ha salido con un paquete debajo del brazo, y el estudiante no volverá hasta después de clase, á eso de las diez. Los he visto salir cuando estaba barriando la escalera; por cierto que Goriot me dió con lo que llevaba debajo del brazo, que era duro como el hierro, un buen trastazo. No sé lo que le pasa. Los demás lo zarandean como una peonza, pero la verdad es que es un buen hombre; vale él solo más que todos juntos. No se suele correr mucho, pero en cambio esas señoras á cuyas casas me envía y que

están siempre tan peripuestas, me dan buenas propinas.

— ¿Esas señoras á quienes llama sus hijas? Creo que son doce.

— Nunca he ido más que á casa de dos : las mismas que han estado aquí.

— Ya está la señora dando señales de vida. Pronto va á empezar á chillar; Cristóbal, quédate tú cuidando de la leche y no pierdas de vista al gato.

Silvia subió al cuarto de su ama.

— ¿Cómo me has dejado dormir lo mismo que una marmota hasta las diez menos cuarto? ¡En mi vida me ha pasado otro tanto!

— Eso es cosa de la niebla, que puede cortarse con un cuchillo.

— Pero ¿y el desayuno?

— ¡Bah! Sus pupilos tienen hoy hormiguelo en el cuerpo; todos se han largado desde muy temprano. De todos modos, podrá usted desayunarse á las diez. La Michoncita y el Poiretin no se han movido. Son los únicos que están en casa y duermen como lo que son, es decir, como dos maderos.

— Pero, Silvia, tú los mezclas como si...

— ¿Como si qué?... replicó la criada sonriendo estúpidamente. Los dos hacen buena pareja.

— ¡Qué cosa más rara, Silvia! ¿cómo ha podido entrar esta noche el señor Vautrin, siendo así que Cristóbal había echado el cerrojo?

— Al contrario, señora. Cristóbal le oyó y bajó á abrirle. Sin duda por eso ha creído usted...

— Dame la camiseta, y vete en seguida á poner el

almuerzo. Arregla lo que quedó del carnero con unas patatas, y toma unas peras, de las de á céntimo, para ponerlas cocidas.

Poco después bajaba la viuda en el momento preciso en que el gato, después de derribar de un zarpazo el platillo que cubría uno de los tazones de la leche, comenzaba á beberse apresuradamente el líquido.

— ¡Minino! gritó.

Escapóse el gato, mas para volver á poco, á regresar en las piernas de su ama.

— ¡Sí, eso es, bribón, vente ahora con zalamerías! le dijo. ¡Silvia, Silvia!

— Mande usted, señora.

— Mira lo que se habebido el gato.

— El bruto de Cristóbal tiene la culpa, pues le dije que tuviera cuidado con la leche. Pero ¡no importa! Le echaremos agua al café del tío Goriot, y en paz. Ni siquiera lo notará. ¡No se fija ni en lo que come!

— ¿Dónde demonio ha ido ese marmaracho? dijo la de Vauquer, colocando los platos.

— Vaya usted á saber. Creo que anda metido en unos negocios endemoniados.

— He dormido demasiado, dijo la viuda.

— Razón por la que está usted fresca como una rosa.

En quel momento sonó la campanilla, y entró Vautrin en la sala, cantando con bronca voz:

Por largo tiempo he recorrido el mundo
Y en todas partes se me ha visto...

— ¡Hola, hola! ¡Buenos días, señora de Vauquer

exclamó al ver á la pupilera, á la que estrechó galantemente entre sus brazos.

— ¡Estése quieto, pues...!

— Vaya, dígame usted: « ¡Impertinente! » dijo Vautrin. Ande usted, dígamelo... Le ayudaré á poner los cubiertos. ¿No es verdad que soy bueno?

Enamorar á morenas, á rubias,
Amar, suspirar...

Acabo de ver una cosa rara

... por casualidad.

— ¿Qué? preguntó la viuda.

— Papá Goriot estaba á las ocho y media en la calle Dauphine, en casa del platero que compra cubiertos usados, galones, etc. Le ha vendido, por una cantidad más que regular, parte de un servicio de plata dorada. Por cierto que para haberlo retorcido á mano iba bien retorcido.

— ¿De veras?

— Sí. Venía yo de despedir á uno de mis amigos, que se marchaba en las *Mensajerías reales*, cuando vi al tío Goriot. Le seguí por curiosidad y para reirme un poco. Ha subido barrio arriba hasta casa de un conocido usurero que vive en la calle de Gres, un tal Gobseck, bribonazo capaz de hacer fichas de dominó con los huesos de su padre. Es judío, árabe, griego, gitano, que sé yo. Si se que no sería fácil robarle, porque tiene siempre el dinero en el Banco.

— ¿Qué demonios puede hacer ese vieja...

— No hace nada; deshace. Es un imbécil, lo bastante tonto para arruinarse queriendo á muchachas que...

— ¡ Ahí viene! dijo Silvia.

— ¡ Cristóbal! gritó Goriot, sube conmigo. Cristóbal fué tras él. Al poco rato bajó.

— ¿ Dónde vas? le preguntó la viuda.

— A hacer un encargo del señor Goriot.

— ¿ Qué llevas ahí? dijo Vautrin, arrancando á Cristóbal de entre las manos una carta, en la que se leía: *A la señora condesa Anastasia de Restaud.* ¿ Y adónde vas? añadió al devolvérsela.

— A la calle de Helder, y con orden de entregar esto á la condesa en propia mano.

— ¿ Qué encierra ese pliego? dijo Vautrin, cogiendo de nuevo la carta y examinándola. ¿ Un billete de banco? No.

Entreabrió el sobre.

— Un pagaré saldado, exclamó. ¡ Caracoles! es galante el abuelete. Anda, lagarto, añadió, poniendo sobre la cabeza de Cristóbal la ancha mano y haciéndole girar sobre sí mismo como si fuera un peón; ve, que tendrás buena propina.

La mesa estaba puesta. Silvia hacía hervir la leche, y la viuda de Vauquer encendía la estufa, ayudada por Vautrin, el cual seguía tarareando su canción:

Por largo tiempo he recorrido el mundo,
Y en todas partes se me ha visto...

Ya que todo estuvo listo, entraron la viuda de Couture y la señorita de Taillefer.

— ¿ De dónde viene usted tan de mañana, mi buena señora? preguntó la de Vauquer á la de Couture.

— De cumplir con la Iglesia. Hemos estado en San Esteban del Monte. ¡ Como debemos ir hoy á casa del señor de Taillefer!... Esta pobre criatura tiembla como la hoja en el árbol, siguió diciendo la interpelada, sentándose frente á la estufa, en la boca de la cual puso los pies.

De los húmedos zapatos empezó á salir humo.

— Calientese, Victorina, dijo la patrona.

— Muy bien está, señorita, el pedir á Dios que ablande el corazón de papá, dijo Vautrin, acercando una silla á la huérfana, pero me parece que no basta. Necesitaría usted de un amigo que se encargara de decirle dos palabritas bien dichas á ese cetáceo, á ese bárbaro que, según parece, tiene tres millones, y que, sin embargo, se empeña en no darle á usted un cuarto. En estos tiempos una muchacha bonita necesita dote.

— ¡ Pobre niña! dijo la viuda de Vauquer. Crea usted, monina, que su monstruo de padre está llamando la maldición de Dios sobre sí con hacerla sufrir á usted de esa manera.

Al oír estas palabras arrasáronse en lágrimas los ojos de Victorina. Una seña de la de Couture contuvo á la patrona.

— Si al menos pudiéramos verle, si pudiéramos hablarle, dijo la viuda del comisario ordenador, le entregaría la última carta de su difunta mujer. Nunca me he atrevido á confiarla al correo. Además, conoce mi letra...